La docencia y el trabajo bien hecho

Macarena de Fellman

Macarena Izurieta y Sea de Fellmann, casada con cuatro hijos. Es Licenciada en Historia por la Universidad Mayo de San Andrés, La Paz, Bolivia. Es profesora en el área de Ciencias Sociales en el Colegio Horizontes donde también ocupa el cargo de Directora del Secundario

Vivir en una sociedad donde la mujer tiene que cumplir varios roles resulta a veces difícil, sobre todo si se trata de ser muy profesional en todo; y, si se ha formado una familia, destacando en lo principal: como esposa y madre.

El trabajo para una mujer de estos tiempos no consiste solamente en realizar las tareas del hogar, sino que incluye una labor profesional fuera. Éste es mi caso. Tengo cuatro hijos que van desde 1 a 6 años dos varones y dos mujeres. Y mi labor fuera de casa es la docencia. Soy profesora de Historia en un colegio de chicas en La Paz (Bolivia). En uno y otro ámbito, me doy cuenta de la influencia que han tenido en mí las enseñanzas del Beato Josemaría sobre la santificación del trabajo.

"Trabajo bien hecho" es un ideal que me es cercano y querido. En casa de mis padres y en la formación que recibí desde chica, nos insistieron a mí y a mis hermanas en realizar las cosas bien, hasta el final, buscando la perfección en esto tan simple y a la vez tan sobrenatural. Desde que empecé a ejercer la profesión docente, me di cuenta que "el trabajo bien hecho" para una profesora es fundamental, ya que nuestras alumnas buscan en nosotras (las profesoras) un modelo a imitar; por lo tanto, somos continuamente observadas, analizadas y muchas veces criticadas por cómo hacemos nuestra labor diaria.

Si queremos enseñar a realizar las cosas bien, ante todo, nosotras tenemos que hacerlas con profesionalidad, destreza y eficacia. Es obvio que se educa más y mejor con el ejemplo que con una clase magistral. De esta manera contagiamos y tenemos la autoridad suficiente para exigir a nuestras alumnas. Pero no siempre resulta fácil, porque también nosotras luchamos contra el cansancio, y hemos de afrontar los problemas que se nos presentan cada día y que no esperábamos.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En mi tarea como educadora creo que una primera pauta es ayudar a nuestras alumnas a vivir la virtud de la laboriosidad, porque difícilmente lograrán trabajar bien si no la han cultivado. ¡Tenemos que crearles el hábito! Como es lógico, esto implica muchas cosas que se pueden practicar en la labor del aula y fuera de ella: saber desarrollar prolija y completamente una tarea encomendada realizando tanto los ejercicios de matemáticas completos y los análisis de história con sentido crítico; terminar con el mismo empeño que al comienzo; trabajar con espíritu de equipo y compañerismo. Implica, desde luego, sacar horas de estudio, sabiendo que para ellas «es obligación grave»[1]. Procuro también transmitirles ese sentido apostólico que tan grabado me quedó cuando leí este otro punto de *Camino*, y que dio un rumbo nuevo a mi tarea de estudiante en su momento: «una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de oración»[2].

La cuestión, en definitiva, es ayudar a las chicas a poner la cabeza y el corazón en lo que están haciendo; así el tiempo rinde de verdad. Muchas veces les enseño a estudiar en clase, a preparar un examen o un control: ¡cómo les cuesta concentrarse! Prefieren hacer cualquier cosa menos aplicarse a la tarea y sacar provecho de su tiempo.

Que el trabajo esté bien hecho para agradar a Dios y servir a los demás: esta realidad que tenemos que lograr a diario, es esencial trasmitirla a las alumnas. Cuántas veces, a mí misma me ayuda pensar en aquel «Pon un sentido sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo»[3]. Para hacerlo así, utilizo recursos que aprendí del Beato Josemaría: mirar la imagen de la Virgen que se encuentra en cada clase, invocando a los ángeles custodios de mis alumnas. Cuando las chicas dan exámenes suelo charlar con sus custodios para que las ayuden.

A veces, lo que más cuesta aprender, es acabar con seriedad la tarea emprendida sobreponiéndonos —ellas y yo también— al cansancio y a la pereza. Así lo experimento cuando me piden terminar unos 10 minutos antes de la hora del fin de la clase porque están cansadas de tanto trabajar. Me doy cuenta que decirles que "no" les enseña a saber hacer las cosas hasta el final. Después todas quedamos satisfechas porque hemos puesto "la última piedra", como enseñaba el Beato Josemaría.

Las docentes comprendemos que una tarea de nuestras alumnas mal presentada y desprolija no se arregla con un cero; que tenemos que devolver aquella mala tarea hasta que nos la entreguen bien hecha, con atención, prolijidad y esfuerzo. Esta es una manera de enseñarles la importancia de las cosas pequeñas;

[1] *Camino*, 334.
[2] *Ibidem*, 335.
[3] *Ibidem*, 359.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

el respeto por el trabajo del otro y la necesidad de santificarse con ese trabajo, no haciendo "chapuzas". Al final del año lectivo 2001, en la materia de Historia tuvimos una alegría muy grande: las chicas de los cursos superiores realizaron una investigación digna de universitarias; y el secreto fue que lo hicieron a lo largo de todo el año, presentado las fichas pedidas y rehaciéndolo las veces que fuera necesario. Fue un trabajo duro, largo y tedioso pero el resultado fue excelente.

Otro ingrediente muy importante para que mis alumnas aprendan a realizar el trabajo bien hecho, poniendo las ultimas piedras, es el orden. Sin orden no hay eficacia. No me refiero al orden material de su escritorio, aunque es muy importante, sino al orden que necesitan para saber cuándo y qué estudiar. Lo primero requiere de un horario personal que lo podrán aplicar en sus casas. Lo segundo, saber qué estudiar, lo cual les supone poner por delante lo que más les cuesta y tal vez disgusta y luego, lo más sencillo y llevadero para cada una. Con esto pretendo que, no sólo jerarquicen distinguiendo lo urgente de lo importante, sino que descubran en lo arduo el desafío de superarse. Aunque no se lo diga literalmente, lo que busco es que vivan lo que aconsejaba el Beato Josemaría: «Estudia.— Estudia con empeño.— Si has de ser sal y luz, necesitas ciencia, idoneidad ¿O crees que por vago y comodón vas ha recibir ciencia infusa?»[4].

Siguiendo con el tema del orden, es importante concretarlo en el propio estudio, realizando resúmenes, esquemas y no perder el tiempo en llamadas telefónicas o buscando lo que no tenemos y necesitamos para trabajar. Todo esto se puede concretar muy bien en la tutoría, charlando una a una y con papel y lápiz en mano para concretar.

Este orden procurarmos vivirlo en el Colegio, en el trabajo del aula y en los recreos. Todo profesor sabe que en el aula es necesario mantener un orden externo: que las cosas estén en su sitio, los papeles en la papelera, las loncheras en las repisas, etc. Si una profesora entra a un aula desordenada debe "perder" unos minutos para que las chicas ordenen rápidamente y luego se pongan a trabajar. Si queremos que vivan todas las virtudes, han de logtrar ser ordenadas: «¿Virtud sin orden? — ¡Rara virtud!»[5].

Para esto es muy importante que las alumnas nos vean a las profesoras ordenadas, llegando puntualmente a clases, sabiendo qué vamos a dar primero y qué viene después; que en nuestra clase reina el orden y la disciplina, no como algo exterior sino como una necesidad para que el ambiente de trabajo sea mejor y nos rinda el tiempo para poder llegar a más.

[4] *Ibidem*, 340.
[5] *Ibidem*, 79.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Otro ingrediente que no puede faltar es la alegría. El trabajo bien hecho viene de la mano de la alegría, de la satisfacción de haber hecho las cosas cara a Dios, con esfuerzo y gran voluntad.

Este año realicé entre mis alumnas una encuesta sencilla: les pregunté en qué se fijaban en la profesora cuando ésta entraba al curso. Tuve de las más variadas respuestas: desde qué trae puesto la profesora o cómo está peinada; pero todas coincidieron en que observan, sobre todo, la cara con que entra al curso su profesora: si está sonriente o se la ve enojada, si le duele algo o si entra cantando. Con estos datos, ellas evalúan de antemano cómo será el desarrollo de la clase. Luego me puse a comentar con ellas las respuestas, en forma personal, una a una, y me confesaron que lo más importante para ellas era que la profesora entre al curso alegre y sonriente.

Me guardé las respuestas y las he vuelto a analizar pensando en lo fundamental que es la alegría de los hijos de Dios, que no tienen motivos para estar tristes. Y esto es difícil de enseñar en los años adolescentes de mis chicas: por todo y nada se les cae el mundo e ingresan en unas "tristezas dolorosas", se angustian y rápidamente pierden la paz. Cuando charlo con cada una de ellas como tutora, por supuesto surgen estos temas de fondo y juntas tratamos de poner soluciones, haciéndoles ver que la alegría radica en la grandeza de sabernos hijas de Dios. Soy muy consciente de que una forma de educar en la alegría es educar en la piedad. Si se saben hijas de Dios y tienen la costumbre de acudir a Él, las penas pasarán y la alegría interior será un hecho consumado. También en esto las profesoras hemos de ir por delante. Si las alumnas relacionan el optimismo de sus docentes, su actitud de paciencia frente a las dificultades, el cariño que les tenemos, con nuestra piedad [...] es muy sencillo que descubran a Dios Nuestro Señor.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei